



LA PAZ EN FILIPINAS. - LOS CABECILLAS INSURRECTOS EN LA ESTACIÓN DE CALAMPIT EN EL TREN QUE LOS CONDUJO AL PUERTO DE SUAL EN DONDE SE EMBARCARON PARA HONG-KONG (de fotografía)

LOS CABECILLAS FILIPINOS

Tras breves negociaciones seguidas por D. Pedro Alejandro Paterno, ajustóse á fines del año último la paz con los insurrectos filipinos. Concertada la sumisión de los principales cabecillas con la consiguiente presentación de sus partidas y entrega de las armas, marchó al campamento insurrecto el teniente coronel Sr. Primo de Rivera, quien fué recibido con grandes muestras de amistad y consideración y colmado de obsequios y agasajos.

Pocos días después salieron todos de Boluya embarcándose en el río Pampanga: en el momento de partir, Emilio Aguinaldo vitoreó con entusiasmo á España, al rey, á Primo de Rivera, á la paz y á Filipinas española, manifestaciones que confirmó y amplió luego con declaraciones importantes que hizo al redactor de un periódico diario madrileño, diciendo que prefería morir mil veces antes que hacer nuevamente armas contra España; que no les impulsó á la rebelión el odio hacia ésta, sino ciertos defectos del gobierno y ciertas tiranías de los que ejercían el poder; que la pacificación era completa; que se mostrarían siempre adictos á la noble madre patria, á la cual quieren ver más grande y más próspera, y que sentían verdadera admiración por la reina Regente.

En el pueblo de Calampit los vecinos acudieron á la estación, recibiendo á los cabecillas con vivas al ejército, á Filipinas y á España, vivas á los cuales contestaban aquéllos con vítores á la patria y al rey. Allí se celebró un gran banquete, en el cual Aguinaldo, con fácil palabra, pronunció un discurso ratificando cuanto había antes dicho al periodista.

Llegados á Sual, salieron inmediatamente para Hong-Kong, en donde los jefes de la extinguida insurrección han fijado su residencia.

No hay que decir el júbilo inmenso con que todas estas noticias se recibieron en España: después de tres años de duelos y tristezas asomaba en el cielo de nuestra patria un rayo de sol que, al disipar una parte de las neblinas que lo en-

volvían, infundía en nuestros pechos la esperanza de que á no tardar volverían para nuestra nación días prósperos y tranquilos.

Mucho se ha comentado la paz de Filipinas y no ha faltado quien regateara las ventajas que, tal como, en su sentir, se ha concertado, ha de reportar-

nos: terreno es este en el cual nos está vedado entrar, y únicamente diremos que enfrente de todas estas suspicacias está la realidad de la pacificación y enfrente de todos los temores para un porvenir más ó menos próximo tenemos el hecho innegable de la alegría y de la satisfacción inmensas que en todo el pueblo español ha producido la desaparición de una de las amarguras que entristecían nuestro presente.

La fotografía que en esta página publicamos, constituye un documento gráfico tan interesante como curioso: en ella aparecen los principales cabecillas filipinos, entre ellos Vito Belarmino, el que al principio de la rebelión se titulaba rey de Silang, acompañados del negociador de la paz, Pedro Alejandro Paterno, dirigiéndose á Sual después de haberse sometido á las autoridades españolas. - X.

CAMA DE MARIA ANTONIETA EN FONTAINEBLEAU



CAMA DE MARÍA ANTONIETA EN FONTAINEBLEAU

El castillo de Fontainebleau es una de las maravillas que de la época del Renacimiento se conservan en Francia, y en sus suntuosos salones acumularon varios monarcas innumerables tesoros artísticos. La galería de Diana, que hoy contiene la biblioteca; el salón del Consejo pintado por Boucher, la capilla con magníficas pinturas de Freminet, la sala de fiestas pintada por Primatice y Nicolo del Abate, las salas de San Luis, Francisco I y Luis XIII, la galería de Francisco I, los departamentos de Napoleón I, el salón del Trono y tantos otros cuya lista sería interminable justifican con sus preciosidades el renombre universal de que aquel sitio real goza.

Entre estas habitaciones llama la atención el dormitorio de la infortunada reina María Antonieta, que reproduce el adjunto grabado, en el cual se admiran un hermoso techo mandado construir por Luis XIII y Luis XIV y los muebles fabricados por Riesener, entre los que sobresale la magnífica cama llena de preciosas pinturas, admirablemente esculpida y con tapices de una riqueza extraordinaria. - X.